ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Ortega: hombre y cultura

María Isabel Lafuente Guantes
ORCID: 0000-0003-0139-9714

Resumen
En este artículo se muestra que la idea de cultura va unida en la obra de Ortega a una propuesta ejemplar de hombre que instala la racionalidad como forma vital. Se examinan las relaciones entre razón y vida mostrando que aquella no puede frenar la espontaneidad de ésta, sino sólo constituir las invariantes que hacen posible una vida que sea al mismo tiempo abierta y segura, integradora de la pluralidad contradictoria en formas dotadas de sentido y autenticidad.

Palabras clave
Ortega y Gasset, cultura, hombre, vida, espontaneidad, razón, ideas, sentido, autenticidad.

Abstract
This article shows that the idea of culture in Ortega's works is linked with an exemplary proposal of man, which sets up rationality as a form of life. The relations between reason and life are herein analysed showing that the former is unable to restrain the spontaneity of the latter, except by constituting the invariants that make possible a kind of life both open and safe, which integrates a contradictory plurality in forms endowed with sense and authenticity.

Keywords
Ortega y Gasset, culture, man, life, spontaneity, reason, ideas, sense, authenticity.

Intentar entender la idea de cultura en Ortega tropieza con una dificultad inicial: que no existe ninguna obra de este autor dedicada a exponer de forma ordenada sus ideas relativas a esta noción. Esto no significa que Ortega no tuviese una idea de cultura, sino más bien que sus ideas aparecen dispersas en sus obras y muchas veces entrecruzadas con otras ideas, como la de creencia o la de razón histórica, que se entiende que son las que permiten orientar dentro de su filosofía esta noción[1]. No me voy a preocupar por cómo las ideas principales de la filosofía orteguiana pueden orientar la idea de cultura sino, al revés, de cómo la idea de cultura orienta al resto de sus ideas filosóficas, y esto supone rastrearla a lo largo de sus obras, acertar con

[1] La cultura como sistema de creencias ha sido considerada por José CLAVO SEBASTIÁN: *Filosofía de la educación y de la cultura en Ortega y Gasset,* tesis doctoral presentada en la Universidad de Navarra en 1979. Manuel ESCUDERO ROYO en su tesis doctoral titulada *Tribunal de náufragos. Ensayo de razón histórica sobre un proyecto de cultura española,* ha trabajado la idea de cultura desde la perspectiva del sentido histórico de la vida humana que abre en la obra de Ortega el problema de la razón histórica.

Cómo citar este artículo:
Lafuente, M. I. (2002). Ortega: hombre y cultura. *Revista de Estudios Orteguianos*, (5), 85-101.
https://doi.org/10.63487/reo.743

Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

sus coyunturas naturales, y después reordenar las ideas implicadas por ella de manera que constituyan un todo coherente, es decir, de forma que no sean algo más que un amontonamiento o una serie de aforismos, por otra parte, sugerentes en su mayoría, como todo lo que dejó escrito nuestro insigne autor.

Voy a señalar, primeramente a qué obras de Ortega me refiero cuando hablo de cultura. Estas son:

"La conservación de la cultura" (1908), "La ciencia y la religión como problemas políticos" (1909), *Personas, obras, cosas* (1916), *El tema de nuestro tiempo* (1923), "Cultura y Culturas" (1924), "Los ámbitos culturales" (1924), *Misión de la Universidad* (1930), *En torno a Galileo* (1933), *Unas lecciones de Metafísica* (1910-1935/36), "Descreimiento, asfixia y rebelión" (1940), *Una interpretación de la Historia Universal* (1948-49), *Meditación de Europa* (1949), *El hombre y la gente* (1949-51).

Estas son las obras sobre las que voy a tratar de considerar la noción de cultura. Naturalmente otras muchas menciones de *cultura* aparecen dispersas por toda su obra, pero realmente las ideas que se desarrollan en estas obras son las que nos hacen posible reconstruir la idea de cultura como un todo, diríamos con G. Bueno que constituyen sus partes formales.

¿Qué es cultura?

Ante todo señalar que la idea de cultura se integra para Ortega en la Metafísica en tanto que ésta disciplina es la que procura, mediante sus contenidos, solución a uno de los anhelos del hombre: la búsqueda de orientación. La idea de cultura es por tanto una idea Metafísica que Ortega va a desarrollar en la relación entre sus componentes objetivos y subjetivos.

Vamos a partir de dos definiciones orteguianas de cultura, las dos más generales, de entre las muchas que nos ofrece. La primera dice que cultura es simplemente: *vida espiritual.* Esta es su definición más general, y la que le va a permitir distinguir ontológicamente entre *vida biológica y vida espiritual*[2], y epistemológicamente entre *naturalismo y espiritualismo.*

En *Misión de la Universidad* nos ofrece ésta otra definición mucho más articulada:

La citas de las obras de José Ortega y Gasset remiten a la edición en doce volúmenes de *Obras Completas*. Madrid: Alianza Editorial/Revista de Occidente, 1983. Al título del escrito y al año de publicación entre paréntesis sigue en números romanos el tomo y en arábigos la(s) página(s).

[2] "Las valoraciones de la vida", en *El Tema de Nuestro Tiempo,* I, 185

> Cultura es el sistema de las ideas vivas que cada tiempo posee. Mejor: el sistema de ideas *desde* las cuales el tiempo vive[3].

Estas dos definiciones por sí mismas no nos dicen mucho. Desgajadas de su entorno no pueden más que sugerir significados, por ejemplo que Ortega desarrolla una concepción espiritualista de la cultura, así que vamos a intentar constituir su entorno, para ello necesitamos saber cuál es su contenido, y vamos a iniciar una aproximación a éste desde la consideración que Ortega hace acerca de las raíces etimológicas de la noción de cultura.

Origen de la palabra cultura

Para Ortega la distinción originaria que da lugar al uso propio de la palabra cultura es la distinción entre: *sociedad primitiva* y *sociedad civilizada*. Se dice que una sociedad es civilizada cuando es capaz de producir sus propios bienes, aquella que es capaz de cultivarlos. Es la sociedad autárquica que querían, y por la que luchaban, los griegos. Este es el sentido originario de civilización, y nuestro autor entiende que fue Luis Vives el primero en usar la palabra *cultura* para designar este hecho en su sentido actual, que es el que hace pasar el concepto de producción de los bienes del campo a los del espíritu. Por tanto, fue Vives el primero que entendió que la palabra *cultura* viene a significar *cultivo del espíritu*. Ortega dijo así:

> Sabido es que fue nuestro Vives el primero en emplear la palabra "cultura" en el sentido actual haciendo de la labranza campesina metáfora para decir *cultura animi*, es decir, cultivo del espíritu[4].

y, en otro texto afirma:

> [...] Vives es el inventor de la palabra "cultura" en el sentido actual del vocablo: *cultura animi*, cultivo del espíritu, cultivo del alma[5].

Por tanto, la obra de Vives la reconoció siempre Ortega como la primera reflexión del hombre occidental sobre su cultura, hasta el punto de afirmar que la obra de este autor debía llevar el título de *Tratado de la Cultura*. Y, por ello, entendió que el término *cultura* es propiamente un término renacentista; que fue el Renacimiento el que dio lugar a hablar de cultura más bien que de co-

---

[3] "Cultura y Ciencia", en *Misión de la Universidad*, III, 341.
[4] *Una Interpretación de la Historia Universal*, I, 187.
[5] *Vives-Goethe*, IX, 537.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

munidad, civilización, etc., términos anteriores que servían para designar ideas semejantes.

El indudable origen renacentista de este término lo acentúa Ortega al mostrar cómo está implicado en obras que aún siendo ya barrocas, por tanto ya modernas, como es la de Bacon, beben de las fuentes renacentistas. En efecto, este autor en su *Filosofía del Hombre* se nutre evidentemente de ideas renacentistas cuando habla de la *georgica mentis*, de la agricultura del alma. Él prefirió siempre la expresión de Vives *cultura animi* a la posterior de Bacon *georgica mentis*; aquella le parece más original en el sentido temporal y descriptivo de la palabra.

La cultura es propiamente occidental

En lo que se refiere al origen temporal de la cultura Ortega no la hace ascender hasta los orígenes de la agricultura, como si éste fuera el ancestro común de la humanidad culta, sino que fija sus orígenes en el mundo griego, entendiendo que de cultura sólo puede hablarse respecto de la forma que adquiere a partir de ese preciso momento (el mundo griego) la civilización occidental.

Esto no quiere decir que no exista más que una cultura o que la cultura sea única, al contrario, sin el reconocimiento de la pluralidad de culturas no existe ni sentido histórico ni ciencia de la Historia, significa más bien que sólo la cultura occidental ha sabido plasmar una *forma ejemplar de hombre.*

Es realmente la propuesta acerca de qué es el hombre lo que permite hablar de cultura, y es lo que lleva a Ortega a señalar que la cultura oriental no es con propiedad cultura.

Esta idea que hoy, cuando hemos generalizado el término cultura hasta hacerla designar simplemente a todo conjunto de ideas que permite la unidad de un grupo de gentes (se habla por ej. de la cultura del rock and roll, de la cultura del bacalao, etc.), es sin embargo la que permite trazar con claridad la división entre el mundo occidental y el oriental. El mundo occidental soporta realmente una propuesta cultural, el oriental no. La unificación de ambos mundos en una única cultura nace de la propuesta confusa y confundida, nacida de la escuela historicista alemana, que llevó el término a significar:

> [...] el modo de ser de un pueblo cualquiera que sea ese modo[6].

El mundo occidental se distingue claramente del oriental. Sin entrar en valoraciones, como hacía Schopenhauer, sobre qué es mejor o peor, sino ate-

[6] *Una Interpretación de la Historia Universal*, IX, 274.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

niéndonos simplemente a que así ha sido, y así fue, la realidad es que el mundo occidental, a partir del mundo griego, adquiere un peculiar sentido de la vida y del hombre que permite contraponerlo al oriental. Vamos a intentar mostrarlo.

Para el hombre griego la vida tenía un valor positivo. Tenía que asentarse sobre unos valores, existentes realmente, de los que el hombre, para poder vivir, tenía que participar necesariamente, incluso en su práctica cotidiana. Estos valores, que hacían posible la vida en común, y la comunidad entre las *poleis*, constituían a su vez el sentido de la vida de éstas. Por ello, Grecia propuso la necesidad de ideas universales que permitieran orientarse al hombre frente a la angustia que supone la apertura hacia lo desconocido, el futuro.

La propuesta griega, que fue propiamente una propuesta ejemplar de humanidad, comenzó en las colonias, de forma que puede decirse que ciencia y filosofía fueron en sus inicios una aventura colonial. Su eclosión tuvo lugar en los siglos V y IV a. de C. cuando pensadores como Isócrates intentan una unidad estatal fundándose en que los griegos poseen algo en común que no tienen los otros pueblos[7].

Esta comunidad consistió en el común reconocimiento de que era necesario adquirir un cultivo, un refinamiento, que sólo podía proporcionar la educación (la *paideia*), pues ésta permitiría al hombre ocupaciones de rango superior, que van desde el cultivo del arte, la retórica, la filosofía o la música, hasta la práctica de la gimnasia, de técnicas de guerra y cultos religiosos de rango superior. Este reconocimiento, que es el que supuso que griego se llamara no al que participa de lazos de sangre (origen común), sino al que participa de una misma calidad intelectual (cultura), nació de la *paideia*, es decir, del reconocimiento de que hay algo que es necesario añadir a nuestra naturaleza. Por ello, lo cultural: lo artificial y convencional se va a oponer a lo natural: lo espontáneo y biológico. Decía Ortega:

> ¿Qué fuera de nosotros sin los convencionalismos? ¿Qué es la cultura sino un convencionalismo? Lo sincero, lo espontáneo en el hombre es, sin disputa, el gorila. Lo demás, lo que transciende de gorila y le supera, es lo reflexivo, lo convencional, lo artificioso[8].

Sólo en Europa la disociación naturaleza/cultura llega a cumplirse realmente, por ello sólo propiamente aquí se realizó una propuesta ejemplar de hombre y humanidad.

---

[7] *Meditacion de Europa*, IX, 274, y en "La actitud de Parménides y Heráclito", en *Origen y epílogo de la Filosofía*, IX, 411.

[8] "La libación", en *Personas, obras, cosas*, I, 461.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

El nacimiento de la cultura supone, por tanto, toda una concepción del hombre. Según ésta el ser humano es el único, entre todos los seres, cuya realidad depende de un doble imperativo: biológico y espiritual. Cada hombre puede seguir más o menos cada uno de estos imperativos: el hombre que siga el imperativo biológico será sincero y espontáneo, el que sigue el imperativo espiritual se sumerge en el convencionalismo.

Estas ideas tienen sin duda un fundamento epistemológico, pues, al entender Ortega que la cultura es una creación humana, algo añadido a la naturaleza –al ser biológico del hombre–, cuya obra causará una modificación en ésta, incluso una tergiversación, la entiende como producto de la imaginación, es, por ello, una ficción. Pero al igual que supuso Hume respecto de la moral, la cultura para Ortega no es simplemente una ficción, sino una ficción necesaria que lleva a instalar como necesidad fundamental la razón en el campo de lo humano.

Por tanto, hay que afirmar que hombre y cultura se implican mutuamente, pues, es verdad que no puede decirse que hay cultura si no es relativamente a los hombres, pero también es verdad que cuando se afirma la tesis opuesta "existen hombres sin cultura", se hace siempre con relación a una posición determinada de la cultura, de manera que esa afirmación, que parece suponer una negación de la cultura, es meramente aparente, pues, en realidad, sólo puede enunciarse desde el supuesto de que hay hombres cultos, y de que éstos no lo son.

Pero, hemos señalado que la cultura propiamente hablando la crea un hombre, el hombre griego, el occidental. Profundicemos un poco más en este hecho. La realidad para Ortega la acabamos de enunciar. La cultura occidental instala la razón como necesidad en el campo de lo humano, y todas aquellas condiciones ejemplares que se muestran como valores dependientes de la racionalidad: el bien, la objetividad, etc. La civilización oriental considera que sus condiciones ejemplares son: el placer, el pasado, la tradición, es decir, sus condiciones ejemplares son opuestas a la racionalidad, por tanto son irracionales. El mundo occidental instala como forma ejemplar vital la racionalidad, el oriental la irracionalidad:

> La sabiduría y la moral orientales no han perdido nunca su carácter tradicionalista. El chino es incapaz de formarse una idea de mundo fundándose sólo en la razón, en la verdad de esa idea. Para prestarle su adhesión, para convencerse, necesita verla autorizada por un pasado inmemorial; es decir, que ha de encontrar su fundamento en los hábitos mentales que la razón ha depositado en su organismo. Lo que se es por tradición no se es por cultura[9].

[9] "Las dos ironías o Sócrates o Don Juan", en *El tema de nuestro tiempo*, III, 174.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

En la obra de Ortega se sopesan los pros y los contras de ambas culturas, pero él nunca entendió que fueran posibles puntos de vista desde los que la cultura oriental pudiera considerarse más perfecta que la occidental. El principal problema para que esto fuera efectivo, reside en que su pensamiento, por muy profundo que se considere, nunca pudo desprenderse del apego a la condición subjetiva, para la que sólo las opiniones (la *δοxα*) son válidas y, por ello, nunca pudo llegar a constituir conceptos que hagan posible el desarrollo de condiciones de objetividad e igualdad entre los hombres y las sociedades humanas, la producción de una *epiστeme*.

Este problema es el escollo principal para considerar a la producción intelectual de Oriente cultura, en el sentido propio del término, pues, en palabras de Ortega;

> realiza menos radicalmente el sentido que damos a este término[10].

Pero, hay algo que tenemos que aprender de la cultura oriental, algo que se ha mantenido en ella vivo a través de los siglos, es su espontaneidad, la importancia de la vida y con ella de las opiniones y del placer. La cultura oriental prescindió en su nacimiento de lo espontáneo, se opuso a ello. Los griegos, comenzando con Sócrates, al descubrir la existencia de un mundo ejemplar, mundo de ideas inamovibles y perfectas, intentaron supeditar a ellas la vida espontánea, hasta llegar a sustituir lo vital por lo racional.

Este fue el tema de tiempos de Sócrates: suplantar la vida espontánea por la razón. Constituyó una verdadera lucha que trajo consigo la producción de una dualidad en la existencia humana, pues, realmente la espontaneidad vital no puede ser anulada, sino sólo encauzada y ordenada al ser cubierta por el velo de la racionalidad.

En efecto, la racionalidad no es una condición primaria del hombre, no es necesaria para que se produzca la vida, es más bien una condición para lograr encauzar unitariamente la vida y lograr una vida buena y una buena vida. La vida es irracional, es espontánea. En sí misma no es buena: ni produce hechos buenos, ni en su primer grado, el biológico, se vive bien. Lograr que la vida sea buena, en sentido material y moral, exige un segundo grado, en él consiste el mecanismo reflexivo que es la racionalidad.

Por ello, el problema de la cultura occidental es el empeño en vivir bien, material y moralmente, en cubrir lo espontáneo con el velo de la racionalidad. Es el tema de Sócrates que no va a tener eclosión hasta el siglo XVIII cuando se produce un movimiento tan fuerte, en este sentido, que se lleva lo ficticio y

[10] *Id.*

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

convencional hasta el extremo de hacer que el principio vital fuera el de "fingir pensar lo que decimos en lugar de decir lo que pensamos". Este tema no cabe duda que es una prolongación de la ironía socrática

> en la cual lo que no somos espontáneamente –la razón pura– viene a sustituir a lo que verdaderamente somos –la espontaneidad[11].

Esta incomparable sustitución, expresada en el quiasmo del siglo XVIII, de la que Ortega hizo el contenido de la ironía socrática, constituyó todo el esfuerzo racionalista propio de la cultura occidental, de forma que por ello puede decirse sin confusión que racionalismo equivale a ironía.

No cabe duda por tanto, sujetar, someter la vida a la cultura ha constituido el tema de la civilización occidental desde tiempos de Sócrates. Pero, Ortega entiende que este tema ha cambiado en los últimos siglos, y expresamente manifiesta que el cambio tuvo lugar a partir de 1700 cuando el propio racionalismo descubre que la razón tiene límites y que limita nada menos que con el ámbito de lo infinito. Desde entonces lo irracional, el límite de la razón, se ha expresado de forma diversa en la filosofía occidental, será la voluntad de Schopenhauer, la voluntad de poder de Nietzche o la existencia de Kierkegaard.

Este descubrimiento llevó en Occidente a consolidar la idea de que la razón no puede suplantar a la vida, sino que tiene que imbricarse con ella, y que por ser el ámbito de la vida más amplio que el de la razón la afirmación pertinente es que:

> la razón es sólo una forma o función de la vida[12].

Este giro en la concepción de las relaciones entre razón y vida, que sólo se consolida realmente en la obra de Ortega, constituye ahora el tema de nuestro tiempo, y no significa, como pudiera parecer, la inversión de las relaciones entre cultura y naturaleza. Este giro no significa que ahora debamos volvernos hacia la naturaleza y someter a ella la cultura, como defendía ingenuamente Rousseau. Por el contrario, la cultura va a seguir siendo el instrumento que va a permitir crear las condiciones invariables que todo orden necesita para que la condición natural no lleve al hombre a vivir arrastrado por la inseguridad. Pero, ahora la necesidad de esas condiciones no serán sobreañadidas a lo biológico, sino que se entiende que deben brotar de lo natural mismo. Que esto es posible se muestra ya en la misma exigencia, presente en la observación de lo

[11] *Ib.*, III, 176-177.
[12] *Ib.*, III, 178.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

natural, que llevó a Aristóteles a constituir la primera forma de reflexión sobre ello, la idea de *physis*, como forma de asegurar un fondo de invariabilidad, de estabilidad, en el seno mismo de lo móvil.

El tema de nuestro tiempo introduce, según Ortega, una variación importante en la necesidad de buscar invariables. Dicha variación supone que es necesario aceptar que lo invariable no significa *eterno*, y que, por tanto, realmente no hay nada absolutamente invariable. De esta forma el tema cultural de nuestros días consiste en mostrar que lo vital no puede someterse a nada absolutamente inmutable, sino que entre lo vital y lo racional se producen formas dialécticas que muestran que lo racional es también mudable, y que, por tanto, es histórico. Por eso, lo mismo que Kant sostuvo que la voluntad es primero, Ortega sostendrá que lo vital siempre va por delante.

De esta forma, no puede sostenerse ya más que la vida sirve a la razón, sino al contrario que la razón sirve a la vida. Se ha hecho ya necesario entender que el arte, la moral, la ciencia, la justicia, y todas las formaciones culturales sólo existen con el fin de descubrir los valores inmanentes a la vida, aquellos puntos de luz que polarizan nuestro pensamiento y nuestra acción constituyendo el fundamento común que hace posible la seguridad tanto individual como colectiva.

Sólo cuando estos valores comunes se anquilosan sustituyen a la vida creando entonces una falsa condición humana, que apoya a ésta en formas hipócritas, pues, saben los hombres que esos valores no responden a verdaderas necesidades vitales, que no son formas comunes capaces de guiar al hombre, y, sin embargo, se aceptan como tales.

El tema de nuestro tiempo será entonces restituir el valor de la vida frente a la rigidez que le imponen estas formas anquilosadas, entender que la vida misma y no la tradición, el pasado, es la que tiene que imponer su razón. En otras palabras, que existe una razón vital que comporta cambio e historicidad.

Como Nietzsche, nuestro autor pone a luchar dos de las formas ejemplares de la mitología griega: Apolo y Dionisio. Su significado es el enfrentamiento de las formas rígidas del conocimiento a la espontaneidad de la novedad. Se enfrentan razón pura y razón vital.

Como Ortega piensa que realmente esto es así no acepta que se identifique cultura con ciencia, sino que entiende que ésta debe concebirse como un simple fragmento de aquella. Cuando se potencia la ciencia hasta identificarla con la cultura se reduce la existencia real a un futuro utópico, al prometido progreso al que la ciencia conducirá en un regreso que hay que considerar siempre como infinito. Por ello, la ciencia no es realmente cultura, sino un ideal que el hombre aspira a instalar como rector de su ser mismo. En este sentido sólo es comparable a la vida beata. La cultura no puede nunca hacerse idéntica a

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

uno de sus fragmentos, por muy importante que éste sea, pero cuya realidad no forma parte tan siquiera, en muchos casos, de lo vitalmente necesario para interpretar nuestra existencia. Pues, la cultura no es sino interpretación de la vida[13].

Cultura y vida

Hemos dicho que para el hombre occidental la vida es algo positivo y hemos tratado de caracterizar este valor viendo cómo se adquiere en función de lograr una vida buena moral y materialmente hablando. No en todas las culturas se ha interpretado así. Para el hombre oriental la vida es algo negativo, es un hecho cósmico de carácter transitivo. Por ello, el hombre en esta cultura se enfrenta a una condición de perpetua emigración de su yo vital hacia lo otro. De hecho, el oriental interpreta que el valor máximo de la vida es el *nirvana,* o lo que es lo mismo, la identidad total con lo otro, que se produce como un sumergirse en lo genérico.

El oriental en su concepción de la vida mantiene y perpetúa el sentido originario de ésta: un perpetuo fluir sin dirección ni orientación, que la muestra como un caos en que el hombre se pierde, naufraga.

El hombre occidental transforma el sentido originario de la vida, lucha y trabaja para encontrar vías y caminos, ideas, convicciones y fines sobre el universo que le permitan saber lo que son las cosas y el mundo. En esa lucha consiste propiamente la cultura que, por ello, es esencialmente trabajo. Trabajo que sistematiza el sentido verdadero de las cosas y las palabras, por lo que puede decir Ortega que:

> Cultura es lo que salva al hombre del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento[14].

El trabajo en que la cultura consiste es el descubrimiento de aquellas ideas vivas, de aquellas convicciones efectivas, sobre lo que es el mundo, pues, son éstas las únicas que permiten conducirnos selectivamente entre las cosas que nos rodean.

Decir, por tanto, el hombre no puede vivir sin cultura equivale a decir el hombre no puede vivir sin ideas. Y, si esto es así, es porque el ser del hombre no es pura biología, sino sobre todo biografía, hecho que muestra que la realidad del hombre no es la de una piedra, el puro ser, sino, sobre todo, el hacer, lo que ha hecho y hace.

---

[13] "Cultura y Ciencia", en *Misión de la Universidad,* IV, 343.

[14] "La cuestión fundamental", en *Misión de la Universidad,* IV, 321.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Esto es para Ortega hasta tal punto cierto que afirma que la verdad más inmediata es que la vida no nos está nunca dada, sino que hay que hacerla. Es tanto como afirmar que la vida es un problema, y que para resolverlo, para hacerla, el hombre necesita constantemente de ideas que le permitan tomar decisiones. El hombre es acción y ésta supone siempre una identificación del entorno, de las cosas materiales, y de los otros hombres, imposible sin un plan preconcebido, es decir, sin un pensamiento previo:

> *acción* no es cualquier andar a golpes con las cosas en torno, o con los otros hombres; esto es lo infrahumano, eso es *alteración*. La *acción* es actuar sobre el entorno conforme a un plan preconcebido en una previa contemplación o pensamiento. No hay acción auténtica si no hay pensamiento y no hay verdadero pensamiento si no va debidamente referido a la acción...[15]

El hombre tiene que tener ideas, en ello consiste su ser libre. Las ideas son las guías de los diversos caminos –*métodos*– en que el hombre puede enderezar su existencia. Sin ideas el hombre se pierde en el afán, en las cosas, se cosifica, como dirá Heidegger, y por ello mismo se deshumaniza. El hombre con ideas es el hombre ilustrado, esto es, el hombre capaz de mostrar los caminos en el caos, en la selva en que consiste la existencia. Por ello, la cultura, es decir, la ilustración no es un ornamento del ocioso, sino una necesidad del ser humano.

> La cultura es un menester imprescindible de toda vida, es una dimensión constitutiva de la existencia humana, como las manos son un atributo del hombre[16].

La cultura no es un ornamento que se espera que adquiera el estudiante, sino el sistema de ideas, el repertorio de convicciones capaz de dirigir efectivamente la existencia de los hombres. Cada tiempo tiene su sistema de ideas vivas que representa su nivel superior, su cultura.

El hombre para no ser un ser débil que falsifica su vida, tiene que abrirse a la verdad, tiene que hacerse culto, es decir, tiene que vivir a la altura de su tiempo. Bajo el nivel cultural sólo hay infrahombres, golpes y no acciones.

La cultura es un sistema de ideas vitalmente necesarias para interpretar, es decir, para dar sentido a nuestras vidas. Este sistema debe tener un carácter globalizador, esto es, debe ser capaz de proporcionarnos una idea completa del mundo y del hombre. Sólo este carácter globalizador creará formas capaces de orientarnos en la acción. Con estas ideas Ortega aproximó la idea de cultura a la de concepción del mundo –*Weltanschauung*– tan cara a Dilthey. La concep-

[15] *El hombre y la gente*, VII, 92.
[16] *Misión de la Universidad*, IV, 344.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

ción del mundo es aquel sistema capaz de hacer posible un orden orientado en todo lo que nos rodea. Dota de brillo y valor a las cosas, las muestra con luces y sombras que nos permiten vivir instantes completos, integrales y estructurados. Como dijimos anteriormente frente a la concepción del mundo, a la cultura, todo fragmento de ella, incluso la ciencia, es diversificación, especialización e inacabamiento.

Vida, sentido y autenticidad

Cultura es fe en las dotes del hombre para solucionar los problemas. Sus comienzos tuvieron lugar en tiempos primitivos, cuando el hombre perdido en su dura circunstancia reacciona sobre ella creando un repertorio de actitudes que se le muestran como la solución a los problemas que aquella le planteaba. Esta reacción la transmite el hombre primitivo a las generaciones posteriores, de forma que el existir del hombre es desde entonces un existir culto con el que se enfrenta armónicamente a las múltiples dimensiones opresivas que le presenta la vida.

Así, ser hombre culto consiste en poseer capacidad para integrar armónicamente la pluralidad contradictoria en que se realiza su existencia. Esto supone poseer voluntad para aceptar lealmente lo que constituye nuestra existencia, y exige el trabajo como única forma de encontrar la idea integradora que autentifique con la verdad su existencia. Cuando el hombre desespera de lograr esta conducta y siente asco por la integridad, es que la vida le parece una nulidad. El hombre que así siente es el hombre desesperado de la cultura, que como reacción se vuelve contra ella y declara caducas y abolidas sus leyes y sus normas. Para Ortega este fenómeno es característico y muy frecuente en el hombre-masa, pues, al tener que tomar la dirección de la vida sin una ilustración suficiente, piensa que la cultura es un impedimento demasiado pesado y ve en su abolición un permiso para echar los pies por alto, como si esto fuera la solución a todos sus problemas. El proceder característico de este hombre es tomar tan solo un aspecto de la vida y hacer de él el eje, declarando nulo el resto. Así, al impulso de integración, que es la cultura, sucede un impulso de exclusión cuya conciencia es la desesperación misma y el extremismo, que se caracteriza porque el hombre no encuentra satisfacción en lo normal y hace lo extremo.

Ortega caracterizó el extremismo de forma magistral en su *En torno a Galileo.* En el extremismo, opinaba, el hombre no puede distinguir lo uno de lo otro, por ello la vida se hace equívoca y pierde su autenticidad. Los tiempos de extremismo son tiempos de inautenticidad, son tiempos contrarios a la cultura.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

La vida es perplejidad y angustia, cierto, pero el hombre occidental la ha transformado en la forma de resolver esos problemas distinguiendo entre lo uno y lo otro, orientándose en la diversidad. Cuando cae en el extremismo el hombre se desorienta y pierde su posición firme. El hombre desorientado oscila entre lo uno y lo otro como un péndulo. En la Historia la época que mejor se identifica con estas características es el Renacimiento, en que el hombre es tanto cristiano como pagano; su vida se halla en equilibrio inestable.

El hombre extremista, el hombre desesperado, buscará en la fe lo que desespera de encontrar en la razón, curiosamente la autenticidad. San Pablo, entiende nuestro autor, concede visos de absurdo incluso de locura a la fe que llama a los extremistas, a los desesperados. Con ello la oposición cultura/extremismo se hace equivalente en la obra de Ortega a la ya clásica de fe/razón.

¿Cómo entender esta oposición? La Historia se encarga de mostrar su significado y éste no pasa por entender que el concepto de Dios no haya tenido lugar en la esfera cultural, muestra de ello es el cristianismo, la cultura cristiana que presenta a Dios como aquel ser transnatural o sobrenatural al que se debe la realidad completa y suficiente. Esta es una herencia del pensamiento asiático; como él, el pensamiento cristiano concibe el ser de Dios, frente al ser del hombre, como la realidad absoluta y total.

El problema de la oposición no es que Dios no tenga lugar en la cultura, sino que como reacción a la situación inversa: que la razón no tiene lugar en la cultura cristiana, que ésta rechaza la ilustración como molesta e inaceptable, la cultura occidental ha seguido desarrollándose manteniendo las formas cristianas pero negando a Dios, la idea de realidad totalizadora, unificadora y omniabarcante. No podía ser de otra forma, pues, la cultura como toda concepción del mundo tiene siempre un necesario fondo de religiosidad, sólo que la cultura occidental se erige en la forma totalizadora misma, en el sustituto de Dios mismo.

La realidad que exige el extremismo para poder desenvolver una vida auténtica es la conversión y ésta no supone un cambio de idea, sino un cambio de perspectiva total. Así, la palabra de Jesús, de Juan el Bautista y de Pablo es un imperativo: ¡convertíos!, es decir, negad todo lo que sois hasta el momento y afirmar nuestra verdad, reconoced que estáis perdidos, pues, sólo del hombre en ruina saldrá el hombre nuevo.

Todo extremismo consiste en afirmar solo un punto y en excluir el resto de la realidad vital. Pero como el resto no deja de ser real porque se niegue, vuelve siempre y se impone quiérase o no. En este sentido el punto de vista cultural es infinitamente más amplio. Consiste en afirmar, contrariamente a todo extremismo, que nada hay en nuestras vidas que sea plenamente satisfactorio,

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

que se justifique por sí mismo. Y, es que para la cultura no existe un punto de vista, sino una pluralidad de puntos de vista y a cada uno de ellos le exige que sea razonado y razonable. Esta afirmación encierra la razón del fracaso del extremismo, pues, tener que ser razonable es renunciar al extremismo.

El hombre cae en posiciones extremas huyendo de los peligros que encierra la vida. Y, es verdad que la vida es peligro, es inseguridad, y que en ella el principal de los peligros es que cada uno puede dejar de ser sí mismo, caer en la inautenticidad, traicionar al sí mismo que se espera ser. Este peligro que cada ser humano corre es muestra de que la individualidad personal es una utopía, que la realidad es que la condición humana es la incertidumbre sustancial. Es muestra también de que no hay adquisición humana que sea firme. Pero, frente a estos peligros sólo la cultura ofrece descanso, cobijo, virtud y disciplina, es decir, seguridad.

La cultura es una balsa que el hombre se fabrica para evitar el naufragio en el vivir, y desaparecerá si el hombre cree haber encontrado una perspectiva única, suficiente por sí. La suerte de la cultura depende de que en el fondo de nuestro ser mantengamos siempre viva una dramática conciencia que nos asegure que el hombre sólo tiene segura su inseguridad.

Nietzsche había dicho *"es necesario vivir en peligro"*, esta frase es para Ortega muestra de una época que considera el peligro como un juego, pero como en peligro se vive siempre, no se puede, por ello mismo, jugar a la vida peligrosa, con ello corremos un peligro extremo: caer en la innecesariedad de lo único que puede hacernos evitar el peligro, esto es, el pensamiento. Este no es un regalo que le ha sido concedido al hombre, sino un trabajo que el hombre realiza porque necesita organizar su actividad y las cosas:

> no vivimos para pensar, sino que pensamos para subsistir o persistir[17].

El pensamiento no es un don, sino una penosa fabricación y no hay acción auténtica si no hay pensamiento, lo mismo que no hay verdadero pensamiento si no va referido a la acción.

La desnaturalización de la cultura

Hemos visto como para Ortega la cultura es el sistema de ideas vivas de que dispone un tiempo. Pero sostuvo también que esta condición que el hombre ha fabricado podía perderse. Esto tiene lugar siempre que al pasar las ideas a generaciones posteriores se convierten en letra muerta. Entonces el hombre se

[17] *El hombre y la gente*, VII, 92.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

pierde, se desnaturaliza, pero no en la selva originaria, sino en la propia cultura, en su indefinida pluralidad contradictoria.

Frente a esta situación sólo cabe el avance de la cultura. Cuando éste se exige, es que están dándose tres factores:

1°. Que las nociones sobre las cosas se complican y desbordan la capacidad intelectual y moral del hombre.

2°. Que las nociones y normas pierden vivacidad y evidencia.

3°. Que la cultura no se reparte con espontaneidad sobre los grupos sociales que la crean, sino que se realiza una cultura superior que se inyecta en las masas, entonces éstas se transforman en pseudo-cultas y pierden autenticidad. Se produce así el fenómeno de la socialización en el que lo común sustituye a lo auténtico.

El hombre occidental en general y el moderno en concreto es optimista respecto del avance de la cultura, vive abierto al futuro y considera que el futuro está también abierto. Cree que puede suprimir realidades y construir el mundo a su gusto en nombre de una idea. Pero la cultura puede hacerse mamotrética, nuestro proceso vital puede ritualizarse hasta hacerse irrespirable, inauténtico. El mundo entonces se hace instransformable, el futuro se cierra. Así sucedió en el siglo XV sobre todo cuando apareció la idea milenarista del fin próximo del mundo y lo mismo, consideraba Ortega, que estaba sucediendo en el siglo XX. Cuando esta situación se plantea caben dos tipos de actitudes:

1ª. La vulgar; es acomodaticia. Consiste en acomodarse al mundo tradicional, se le saca entonces gusto a la exageración, a la complicación. Se vive como si fuéramos sustantivos, de meros formalismos simbólicos. Se duplica la vida real en el plano de las convenciones. La vida entonces se toma como juego: se fijan las reglas y éstas se consideran realidades.

2ª. La re-formista. Es potestativa de los que piensan que la vida tal como se presenta, formularia e insincera, sobrecargada, no merece ser afirmada y aceptada, pero que tampoco cabe una transformación radical.

Se entiende que las formas son perecederas, pero se piensa que pueden limpiarse de excrecencias, por tanto, que se puede volver a formas puras. Entonces se propugna la re-forma, no la revolución sino la re-novación, se entiende que hay que re-nacer. La renovación no es innovación, pues, contrariamente se piensa que hay que volver con toda pureza al principio que se fue. Este fue el espíritu de la reforma religiosa y del humanismo, movimientos ambos que supusieron una vuelta a lo antiguo, no a lo greco-romano, sino a lo primitivo, a lo que obliga a re-crear el mundo. La figura que surge en ese momento crucial es la de Petrarca[18].

[18] *En torno a Galileo*, V, 162-164.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Pero, el principal problema es la tergiversación de las relaciones entre sí de la cultura. Entonces se produce lo que Ortega llamó *"beatería de la cultura"*, que consiste en presentar al pensamiento como lo que se justifica a sí mismo, como valioso por su propia esencia, con independencia de lo que sea. Se entiende en ese momento que hay que poner la vida al servicio de quien la cultiva, rebajándola en su importancia, considerándola valiosa en sí misma. Esta tergiversación de las relaciones entre vida y cultura, entre acción y contemplación, lleva a producir cultura por producirla, como Bacon decía en su tiempo que se explotaban inventos por explotarlos. Esto crea una inflación cultural, situación a la que Ortega llamó *"el capitalismo de la cultura"*[19], en la que se produce por producir, sin atender a la necesidad. Cuando esta situación tiene lugar, la cultura pasa a considerarse un añadido en nuestras vidas, y un añadido del que se puede prescindir como si fuera posible vivir sin pensar, es decir, sin cultura.

Conclusiones

Me parece que en estas conclusiones no se debe dejar de decir lo siguiente:

1°. Que el hombre necesita de la cultura para ser propiamente hombre, pues el hombre es el único ser que, a diferencia del tigre o de cualquier animal que no puede ser otra cosa más que lo que es, nunca tiene seguridad de estar siendo hombre ni de poder continuar siéndolo.

> ser hombre significa, precisamente, estar siempre a punto de no serlo, ser viviente problema, absoluta y azarosa aventura o, como yo suelo decir, ser, por esencia, drama[20].

Ser drama es sentirse siempre inseguro, no saber nunca lo que va a pasar, sentir cada instante como un peligro indefinido. El hombre es el único ser en la naturaleza que corre constantemente el riesgo de dejar de ser hombre, de deshumanizarse.

2°. Que se quiera o no el hombre para vivir no tiene más remedio que tener una idea sobre lo que su vida es y quiere que sea y, por tanto, sobre lo que es el mundo en que discurre.

3°. Que la vida es peligro y la única solución que el hombre ha encontrado para amortiguarlo es la cultura. Por ello, se hace indispensable conocer su importancia y sus peligros, pues, intentar conservarla y promoverla es condición vitalmente necesaria, como puso de manifiesto Ortega.

---

[19] *El hombre y la gente*, VII, 94.
[20] *Ib.*, VII, 89.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

La cultura es una necesidad vital. Pero tal vez en estas conclusiones sea necesario decir algo más, abrir un poco el círculo de los conceptos de que nos hemos valido para entender esta necesidad vital. Si queremos hacer esto indudablemente el concepto que hemos de incorporar es el de *circunstancia*.

En efecto, para Ortega la vida es circunstancia, o lo que es lo mismo, encontrarse siempre en un entorno determinado que me envuelve por todos lados. Por ello, hablar de circunstancia en general equivale a hablar de *mundo*[21]. Y, en ese entorno no me hallo de forma homogénea con él, no formo parte, por ejemplo, de una habitación como un mueble en ella instalado, sino que en mi circunstancia me hallo siempre en modo heterogéneo, esto es, de forma que siempre ella es extraña a mí, distinta de mí. Yo no vivo las cosas siempre de la misma manera. Por ello, la circunstancia exige de mí que la reinvente que la haga. Que la oriente, esa orientación es imposible sin cultura, sin pensamiento.

No podemos dejar de repetir que la vida, la circunstancia, es esencial desorientación, y vivir consiste realmente en orientarla, en hacerla. Este hacer, la orientación, puede entenderse de dos formas: como orientación ficticia –inauténtica– o como orientación efectiva –auténtica–. La primera me viene dada por la sociedad, en ella los significados me los dan otros y estos por ser pensamientos no dejan de ser interesados, pero, por ser ajenos, yo desconozco por qué. Así, con la orientación ficticia se da lugar a un yo social, a un yo inauténtico. La segunda supone que yo conozco los porqués relativos a la orientación de forma que la transformación de la realidad –el pensamiento interesado consiste en esto– conseguirá la realización de cosas que se adapten a mí, a mi yo auténtico resultado de mi saber transformador. Esta segunda forma exige cultura, un yo culto. ¿No concluimos como empezamos?, la cultura es educación.

Llegados a este punto sólo nos resta decir que si verdaderamente la cultura es educación, no puede decirse que equivalga sin más a transmisión de la educación, es decir a estudio, pues el estudio que no alcanza un saber de verdad, esto es, un saber hacer, produce el efecto contrario: la disociación entre cultura y saber.

> Por debajo de la cultura recibida, pero no auténticamente asimilada, quedará intacto el hombre, es decir, quedará inculto; es decir, quedará bárbaro[22].

Esto no quiere decir que no se tenga que estudiar, sino que el saber, la cultura, tiene que buscarse para lograr satisfacer unas necesidades verdaderamente sentidas, las únicas que siendo exigencias de la vida llevarán al hombre a realizar acciones realmente revitalizadoras. ●

---

[21] *Unas lecciones de Metafísica*, XII, 50.
[22] *Ib.*, 22.